

merciante conocido. ¿Quién conoce hoy todavía el antiguo proverbio: «Recibir regalos cuesta más caro que comprar»? ¿Quién cree aún en el principio confirmado por la experiencia de los siglos: «No hay sopa más cara que la que se come de balde»? ⁽¹⁾

No se edifica, ni se trabaja, ni se compra más que para satisfacer las necesidades momentáneas. Las dos únicas consideraciones que se tienen á la vista consisten en gastar lo menos posible y acabar lo más pronto posible. Todos se preocupan muy poco de la duración del objeto, y se procede en absoluto como si no creyésemos ya en porvenir alguno. Á causa de esto, asuntos y mercancías están condenados á la ruina; porque, como lo decían con gran exactitud los antiguos, «tal comprador, tal mercancía, ⁽²⁾ tal precio, tal mercancía». ⁽³⁾

Si, pues, queremos que florezca de nuevo el amor al trabajo y la solidez de la mercancía, preciso es que el trabajo y el obrero tengan seguridad. Si el trabajo no está organizado de modo tal que un hombre honrado pueda complacerse en él, jamás producirá nada de bueno. Pero es imposible encontrar placer en el trabajo allí donde el trabajo no goza de paz ni protección.

De aquí que la consigna para lo porvenir deba ser la siguiente: Organización del trabajo por medio de límites y uniones legales; de lo contrario, el remedio por sí mismo, por medio de asociaciones peligrosas para la sociedad y por las huelgas, es casi inevitable.

Entonces el placer por el trabajo se manifestará por sí mismo; entonces el obrero y el público tendrán de nuevo seguridad y utilidad; entonces no tardaremos en ver si todavía hoy el trabajo es una potencia, y si puede aceptar con éxito la lucha con la potencia que rige al mundo actual: la especulación.

17. ¿Quién debe realizar este programa?—Y, en-

(1) Sailer, *Weisheit auf der Gasse* (G. W. 1819, XX, I, 125).—Körte, *Sprich. der Deutschen* (2) 727, 810, 2400.

(2) Körte (2), 4159.

(3) Graf und Dietherr, 252 (6, 154).—Düringsfeld, I, 295, n. 571.

tre tanto, ¿quién debe cooperar á la solución de la cuestión social? Lo hemos dicho repetidas veces: todos y cada uno.

Cada individuo debe cooperar á ella en el puesto que ocupa, en su estado, en cuanto le rodea. Que nadie diga que está sólo, pues ello no es una excusa cuando se trata del deber. Que nadie diga que no depende de él, pues ello depende de cada uno, allí donde esto depende de todo.

La familia debe cooperar. Fundamos gran parte de nuestras esperanzas en la renovación de la sociedad por el restablecimiento de la vida interior y moral de la familia, por la vía frugal y capaz de hacer sacrificios.

También debe cooperar la educación. ¿Quién puede esperar servidores dóciles, obreros con lo cuales puedan todavía vivir armónicamente los amos, las clases y los Estados, dueños y patronos tolerables, hombres capaces de soportarlo todo, de vencer dificultades, de saber rehusarse satisfacciones, si no están preparados para ello desde la juventud, y si no están educados seriamente para la consecución de este fin?

Igualmente debe cooperar la escuela. En ella se encuentra la causa principal de ese orgullo estúpido, de esa fatuidad, de ese espíritu perturbador, de ese descontento, de esas relaciones estrechas y de esos trabajos ordinariamente penosos, que llenan la vida de la mayor parte de los hombres. La escuela debe aligerar las cargas intelectuales, á fin de que una nueva generación aprenda á pensar por sí misma; debe formar el corazón, fortalecer la voluntad y templar el carácter; debe enseñar la moderación y la obediencia, colocar la conciencia por encima de todo, estimar y practicar la religión y considerarla como sagrada. Sin esto, será una escuela de disolución general de la sociedad, y no una escuela de vida.

Cooperar deben también las fracciones de la antigua sociedad. Lo que resta de la clase burguesa apenas puede hacer otra cosa que insistir en la necesidad de su resta-

blecimiento. Verdad es que los despojos de la clase agrícola están en lamentable estado; pero existen todavía. Ante todo, tiene necesidad de ser realizada por razones sociales y políticas; y por cuanto todavía no está completamente aniquilada, gracias á la tenacidad que le es propia, preciso es ayudarle con todas las fuerzas. Porque es regla de prudencia no fijarse, en una restauración, en lo que carece por completo de solidez, exponiendo así á la ruina lo que todavía á medias se mantiene en pie; antes por lo contrario, hay que reparar, desde luego, lo que es susceptible de reparación. No sería absurdo afirmar que si todas las demás clases estuviesen aniquiladas, excepto la agrícola, ésta las haría revivir con el tiempo; pero no es posible crear una clase agrícola sana, cuando nada queda ya de ella. ⁽¹⁾

Para esta renovación, no bastan simples asociaciones en la clase burguesa, y todavía más en la agrícola. Sin duda que son medios de consolidación soberanamente útiles, pero sólo medios para alcanzar el fin. Ahora bien, el fin no consiste en la creación de asociaciones de aldeanos y obreros, sino en la vivificación de las clases y de la sociedad. Esto es innegable, especialmente en la clase agrícola. Sólo el aldeano, como miembro de la casa, como agricultor, fijo al suelo, y adherido por su nacimiento á su estado, puede ofrecernos la garantía de un progreso próspero en agricultura y en sentido político conservador. ⁽²⁾

Pero la clase agrícola no puede ayudarse por sí sola, y mucho menos si está agobiada de cargos, como desgraciadamente ocurre hoy día. Ante todo, tiene necesidad de protección contra una legislación que le trata como mercancía mueble, y de que se la liberte de una carga superior á sus fuerzas. ⁽³⁾ No hay necesidad de que se le apliquen tantas organizaciones de violencia. En ninguna clase es tan fácil establecer y mantener como en ella la constitu-

(1) Jörg, *Histor-polit. Blätter*, XCI, 75.

(2) Klopp, *Die sozialen Lehren von Vogelsang*, 397, 403 y sig.

(3) *Histor-polit. Blätter*, XCI, 74 y sig.

ción, porque en ella el nacimiento, la inclinación, las ocupaciones y la constancia no hacen ordinariamente más que una sola y misma cosa. ⁽¹⁾

La nobleza debe ayudarse con sus propias fuerzas, y, por el mismo hecho, ayudar á la sociedad. El éxito depende en gran parte de que se ponga en movimiento, y que entre en fuego en filas cerradas. Los miembros de esta clase que permanecen alejados del campo de batalla, y todavía más, los que se entregan en cuerpo y alma al liberalismo, no sólo no merecen piedad alguna, si se precipitan en el abismo, sino que se hacen culpables del crimen más vergonzoso que puede cometer su clase, el de desertión de las banderas, el de felonía para con la sociedad, el de pasarse al enemigo.

Cooperar deben también los ricos y los capitalistas. Sobre ellos recae en gran parte la falta general. Si ante todo no vuelven á la justicia más estricta, á la equidad humana, á la práctica de la caridad cristiana y á la piedad libre; si no expían con sacrificios voluntarios las faltas que han cometido, difícil es esperar la salvación, á menos que haya necesidad de esperarla de una sacudida terrible, de la cual serán ellos las primeras víctimas.

Cooperar deben también las clases obreras, pues no sólo son víctimas de la situación social, sino que tienen también gran parte de culpa. Sin religión, sin paciencia, sin moderación, sin espíritu de sacrificio y sin justicia, verdad es que pueden producir la ruina social, pero ésta sólo aprovechará á los que abusen de ellas tomándolas como instrumento. Si quieren conquistarse un puesto seguro en la sociedad, preciso es que permanezcan en el terreno de la justicia, y que nunca luchen contra la sociedad.

Cooperar deben los municipios. ⁽²⁾ Cualquiera que sea la profundidad á que haya descendido su influencia, podrían hacer más de lo que hacen. Desde luego, no serían

(1) Beseler, *Erbverträge*, II, 2, 194.

(2) Trimborn y Thissen, *Die Tätigkeit der Gemeinden auf sozialem Gebiet* (1900).

tan insignificantes, si no hubieran ayudado al mal. ¿Por qué lo abandonan todo al Estado? ¿Por qué los mejores ciudadanos se retiran de la vida municipal y ceden el puesto á los peores, á gentes que no poseen una pulgada de terreno en el municipio, ni le profesan el menor afecto? Aun en la actual situación, podrían sostenerse muchas cosas en la escuela y en la familia, con tal que los buenos se agrupasen y obrasen seriamente. ¿No sería posible, de concierto con la Iglesia, contener la arrogancia de la juventud y de los domésticos, las llagas de las tabernas, los escándalos públicos, las representaciones peligrosas, el comercio ambulante, las seducciones sin número producidas por el abandono del trabajo, por la inmoralidad y la prodigalidad? Nos limitamos á hacer esta pregunta; pero nos parece que sobran lamentaciones y falta acción.

Cooperar debe el Estado. Su exceso de poder, sus leyes, sus usurpaciones, no han contribuído poco al malestar de la situación. Él es el responsable principal de que carezcamos de sociedad independiente, y él debe hacerla renacer con su legislación. Esta es la primera y más importante de las cosas que le pedimos; y se la pedimos, no sólo en beneficio de la sociedad, sino también en su propio provecho. Al aniquilar la sociedad, destruye el suelo en que él mismo se apoya. Debe renunciar al sistema aplastante del militarismo, del derecho absoluto, de la absorción que practica en toda la línea; en todas sus instituciones, debe proponerse el fomento del orden social. ⁽¹⁾

Como Niebuhr lo ha notado, no ignoramos que debe abordarse esta cuestión con la mayor circunspección posible, porque, desde entonces, se ha descendido tanto por la pendiente, que la primera tentativa para el restablecimiento de la sociedad puede convertirse en señal de la erupción del más grave desorden. Sin embargo, según expresión del mismo Niebuhr, una de las obligaciones de que no puede prescindir el Estado consiste en elevar á los miembros aislados de la sociedad á la personalidad moral

(1) *Mission actuelle des Souverains*. Por uno de ellos, (2), 368, 387.

independiente. ⁽¹⁾ Esta obligación es más apremiante cada día, y cada día que pasa nos aproxima á la situación en que se encuentran á menudo tantos países que no pueden moderar su vertiginosa carrera, y para los cuales todo paso hacia adelante ó hacia atrás equivale á un paso hacia el abismo. Hay que poner manos á la obra, pero concienzuda y seriamente, por modo reflexivo y lento. Los que tienen el poder entre sus manos, y ven suspendidos sobre su cabeza el peligro y la responsabilidad, deben comprender que no pueden salvarse, ni ellos ni lo que les está confiado, sino dejando en completa libertad á la Iglesia y á sus instituciones morales y religiosas, y haciendo sinceramente causa común con todos los elementos eclesiásticos y conservadores, no para encadenarlos, sino para sostenerlos y ser sostenidos por ellos.

La empresa del Estado es tan grande, que apenas puede uno enumerar todas sus partes, por lo que indicamos únicamente lo más importante, á saber, las leyes sobre la santificación del domingo y días festivos, la duración del trabajo, el cuidado de los niños, el trabajo de las mujeres, la protección moral á los obreros, las leyes contra la usura, las maniobras de la bolsa, la explotación del trabajo por el capital; y luego, el alivio y el reparto más equitativo de los impuestos, la disminución de los cargos militares, el desgravamen de la propiedad territorial, la garantía del suelo contra la facilidad de la hipoteca, el levantamiento de las clases agrícola, burguesa y obrera, la protección á todos para fomentar la religión, la moral, la vida de familia, la educación y los esfuerzos concernientes á la vida pública. Tampoco vacilamos en pedir al Estado un crédito de préstamo público para la propiedad territorial y el trabajo, no como don ó subvención por parte suya, sino como reembolso parcial de lo que les ha sustraído, ya directamente con la secularización de los bienes de la Iglesia puestos en común, ó con la imposición de impuestos.

(1) Niebuhrs Gutachten en Pertz, *Leben des Freiherrn vom Stein*, VI, 326 y sig.

excesivos, ya indirectamente con la disolución de las situaciones históricas, de los derechos sociales, y con el libre curso concedido á la usura.

Cooperar debe, finalmente, y en primer término, la Iglesia. Su cooperación está asegurada, con tal que se la deje obrar. Si no se acepta su cooperación, se consagrará al servicio de la humanidad doliente, como siempre lo ha hecho hasta ahora, sin esperar por ello ni gratitud ni recompensas, y con frecuencia á despecho de la mofa y de todos los obstáculos. ¡Si siquiera no se le hubiesen arrebatado todos los medios que poseía antes! ¡Si siquiera no se vigilase cada uno de sus pasos! Si no se la ligase de pies y manos, no hay duda alguna de que desplegaría una actividad muy diferente. Aun en la actualidad, no obstante su pobreza y sus trabas, puede poner de manifiesto, con legítimo orgullo, lo que, en su opresión, ha realizado en favor de los pobres y oprimidos, y puede invitar también á todo el mundo á comparar lo que ha realizado con medios tan limitados con lo que los Estados y los hombres de dinero han hecho para consolar la miseria social. Precisamente en los países en que la Iglesia está más oprimida, es donde ha obtenido sus más bellos resultados. También confesaremos que, sobre este punto, hay otras regiones en las cuales, no obstante la suma de libertad y de medios relativamente grandes de que goza el clero, no se ha desarrollado todavía suficientemente la inteligencia de la cuestión social y de las grandes necesidades del presente. Sin embargo, esperamos que el espíritu de Dios, el espíritu de sacrificio, de fuerza y de unión, hará sentir su soplo en él, cuando suene la hora.

18. Resumen de la solución.—Para terminar, echemos todavía una mirada atrás.

La cuestión social es desde luego una cuestión moral, y, en segundo lugar, una cuestión económica. Sólo puede ser resuelta, con la renovación moral de la humanidad. Solución muy insuficiente de los problemas más embrollados entre todos los problemas prácticos, es la que Fichte ofrece,

en el sentido de nuestros socialistas: «Industrias florecientes y el mayor número de hombres posible en confusión, en el mayor bienestar posible, tal es el mayor bien, el cielo en la tierra. La tierra no nos ofrece nada de más elevado. Esta es también la opinión generalmente admitida en las escuelas de filosofía». ⁽¹⁾ Si esto es verdad, la filosofía considera una cosa seria con mucha ligereza y superficialidad, casi con tanta ligereza como Goethe cuando canta:

«¿Para qué se agita así el pueblo? Para alimentarse, procrear hijos, y alimentarlos tan bien como sea posible. Toma nota de esto, viajero, y haz lo mismo en tu casa. Nadie va más lejos; poco importa lo que se haga». ⁽²⁾

Pero no hay que creer que se contente el mundo con semejante receta, lo que ciertamente se comprende hoy más que nunca, por cuanto todos somos testigos de la agitación y de los clamores de los hombres hambrientos.

No; necesitamos algo más que industria y el mayor número posible de hombres; necesitamos aquello sin lo cual dos hombres no pueden vivir en paz el uno junto al otro, ni, con mayor razón, poseer el cielo en la tierra. ¿De qué sirven todas las leyes externas allí donde falta voluntad para observarlas? Por otra parte, ¿cómo es posible establecer el orden social, si el suelo en que podría asentarse se mueve ó falta por completo? ¿Qué explicación tiene el que tantos esfuerzos bien intencionados para remediar el mal no hagan más que aumentarlo, y nos arrastren al precipicio, como el nadador sorprendido por el torbellino? Por cuanto las bases de la sociedad no se apoyan en terreno firme, ha caído ésta en el torrente, y corre al precipicio.

Ya no nos afirmamos en el terreno del orden moral. De aquí la desgracia de que cada nueva tentativa de salvación nos hunda más. Comprendemos que la opresión de los impuestos, las cargas del militarismo, lo odioso del sistema de vigilancia y esclavitud, deben acabar por excitar

(1) J. G. Fichte, *Staatslehre*, 2 Abschn. (G. W. IV, 402 y sig.).

(2) Goethe, Venet., *Epigr.*, 10 (G. W. 1827, I, 350).

los pueblos á la revuelta. ⁽¹⁾ Pero no podemos hacer otra cosa. Nos vemos obligados á aumentar anualmente los impuestos, á aplicar con más rigor medidas de opresión que hieren, á multiplicar los contingentes militares. Precisamente, en virtud del sencillo principio de progresión, todo poder ve llegar el momento en que se pierde su fuerza, si no puede contar con otro recurso que la simple ostentación de fuerzas externas. ⁽²⁾ Cada día nos vemos obligados á usar de éstas en proporciones siempre mayores, no obstante la perspectiva cierta de que apresuramos con ello la catástrofe.

Esto proviene de que han cedido las bases morales de la vida. Mientras no se restablezcan, será vana toda tentativa de curación. Cuanto más disminuyen, más necesidad hay de ese aumento insensato de fuerzas externas, del militarismo, de máquinas administrativas, de burocracia, de policía, de prisiones. Imposible detenerse en este camino, si no se logra basar de nuevo la sociedad en el orden moral. ⁽³⁾ Los fundamentos de éste son la justicia, la equidad, la verdad y la fidelidad en las promesas, en su cumplimiento, en la reciprocidad de servicios, en el amor, la obediencia, los miramientos, la aplicación, la moderación, la frugalidad, el respeto á los derechos ajenos, la limitación de los derechos propios, el apoyo recíproco, el espíritu de sacrificio, la economía, la previsión, el empleo ordenado del tiempo y de las fuerzas, la fidelidad á la vocación y el cumplimiento del deber, sin preocuparse de si el trabajo produce la ventaja propia ó el provecho común.

Pero esperar estas virtudes allí donde una religión viviente no dome la más astuta y tenaz de las pasiones, el egoísmo, es pura ilusión. Discursos parlamentarios, reuniones obreras, libros muertos y leyes muertas, no hacen desaparecer del mundo la usura, mucho menos producen la

(1) Mohl, *Staatsrecht, Völkerrecht, Politik*, I, 389 y sig.

(2) *Le Socialisme et la société*; notas sometidas á la consideración de los soberanos de Europa. (1 Enero de 1880), 32.

(3) *Le Socialisme et la société*, 11.

justicia y la caridad. Y así es como todo se reduce á pios deseos y malas acciones.

Preciso es que todo esto cambie. No pedimos una contra-revolución, sino la supresión radical de la revolución. Empezó la revolución proclamando los derechos del hombre; la renovación del mundo debe empezar proclamando ante todo los derechos de Dios sobre los hombres, sobre los municipios, sobre la sociedad, sobre el Estado, sobre los ricos, sobre los pobres, sobre las personas privadas, sobre los príncipes. ⁽¹⁾

No son las frases humanitarias y confusas las que remediarán la situación; sólo puede hacerlo la aceptación convencida, generosa, de las leyes de Dios y de la fe cristiana. Semimejoras y medidas externas no hacen más que aumentar la audacia y profundidad del mal. ⁽²⁾ Un pueblo sin fe sólida, sin religión verdadera, sin moral pura, abusaría, para su ruina, de las mejores instituciones y de la mayor prosperidad.

Sólo con que el Cristianismo viviese y reinase en el fondo de nuestro corazón; sólo con que fuese libre y poderoso exteriormente, en la vida pública, y pudiese ejercer en todo sentido su influencia por medio de la Iglesia, serían buenas, justas y equitativas las leyes, y se arraigarían en los corazones. Ya no habría entonces dificultad alguna para unir la justicia, la caridad y la equidad. Ya no habría entonces necesidad alguna de dedicarse á la investigación complicada y siempre peligrosa de los medios conducentes á asegurar al trabajo su justa recompensa. Habría entonces equilibrio entre las clases, inteligencia entre patronos y obreros, paz entre capital y trabajo. Ya no serían vanas palabras el crédito equitativo, la comunidad de intereses y la solidaridad común. Luego, igualándose cargas y ventajas, las instituciones serían realidades con las cuales cada uno podría cumplir su deber con paz y moderación, seguro de que, en caso de necesidad, encontraría en la sociedad,

(1) *Le Socialisme et la société*, 20.

(2) *Mission actuelle des souverains*. Por uno de ellos, (2), 387.